

LA EDUCACION EN VALORES ANTE EL FIN DE SIGLO

Victoria Camps

Yo también quiero empezar agradeciendo a la Asociación AIDEX la invitación que me ha hecho y especialmente a Rosa García su insistencia, porque si no fuera por esa insistencia, quizás yo no estaría aquí. Pero de todas formas, estoy muy contenta de haber venido; me gusta mucho Cáceres y, en fin, lo paso muy bien siempre que vengo.

Gracias también por lo del “broche de oro”; no sé si será de oro, aunque espero que sea digno para cerrar estas Jornadas que, por lo que me han dicho, han sido unas jornadas en las que Vds. han trabajado mucho, y además, con gran entusiasmo y mucha ilusión, que es lo que hace falta para afrontar un tema tan difícil como éste de los Valores y la Educación.

He puesto a esta conferencia un título con un matiz apocalíptico, porque estamos todos un poco “apocalípticos” estamos todos un poco preocupados ante vacíos, ante crisis, ante desorientaciones o propuestas que parecen insuficientes...; y creo que esa preocupación y esa desorientación es la que nos lleva a “echar mano” de la Ética continuamente. La Ética parece que sirve para todo y, detrás de esa palabra de la ética o de los valores, no sabemos muy bien qué hay, ni sabemos cuál es el contenido que hay que darle. Es de eso de lo que quiero hablar; por una parte, preguntarme y reflexionar sobre el por qué en estos momentos nos aferramos a cosas que parecía que estaban, si no olvidadas, sí enclavadas en otra época - como es la ética, la moral o los valores - (que al fin y al cabo es lo mismo); y como estos conceptos se pueden ir llenando de un contenido que sea un poco más positivo que el que tenemos.

Creo que este es un tema, además, bastante internacional. Todas las sociedades avanzadas y civilizadas se están preguntando en estos momentos cuál es el sentido que hay que darle a la educación; porque nos hemos dado cuenta de que estamos llevando la educación por un camino bastante contradictorio. Por una parte, utilizamos criterios muy pragmáticos y muy utilitaristas en los giros que estamos dando, en las reformas que estamos haciendo del Sistema Educativo; y por otra parte, nos damos cuenta de que la sociedad en que vivimos necesita una educación distinta a la transmisión de esos valores que espontáneamente la sociedad transfiere, que son los valores del consumo, los valores del éxito, del dinero fácil y rápido, del triunfo...; es decir, todo eso que ya la sociedad por sí misma transmite, necesita un contrapeso. Y ese contrapeso es el que debería dar la educación.

Esta contradicción yo creo que está implícita en la LOGSE. La LOGSE tiene un avance con respecto al Sistema Educativo anterior, y es que desde la introducción en el Preámbulo, es a mi entender bastante valiente, no sólo en la misma Ley sino valiente en los Decretos o las leyes que la desarrollan - como el Proyecto de Ley último sobre la Evaluación de los Centros Educativos que creo que es un Proyecto de

Ley también intrépido - porque es la única forma de implementar (como se dice ahora, que es una palabra horrorosa); pero realizar, ejecutar la Reforma Educativa tal como se plantea en la LOGSE, insisto, es valiente.

Sin embargo, **es evidente que la misma Reforma es contradictoria.** Por una parte se insiste en la necesidad de transmitir valores, que son valores éticos (los valores que están finalmente en los derechos fundamentales, en los derechos humanos); pero por otra parte, cuando se profundiza en los contenidos de la Reforma, percibimos que ésta condesciende hacia los estudios más técnicos o más necesarios para integrarse de una forma fácil en la sociedad. La misma división de los Bachilleratos en bachilleratos más especializados significa una concesión a la técnica, una concesión a una sociedad donde se valoran los resultados que tienen que ver con eso que llamamos la eficacia.

No hace mucho leía un artículo en “*Le Monde*” -y esto es signo de que el tema no es sólo nuestro, sino que es un tema que afecta también a otras sociedades- en el que unos profesores de Enseñanza Media manifestaban que los tres grandes valores de la Revolución Francesa (Libertad, Igualdad, Fraternidad) se han sustituido hoy por otros tres valores que son la Eficacia, la Rentabilidad y la Productividad. Esos tres valores están presentes también en la Reforma; es decir, la Reforma orienta la educación hacia unos valores que son muy utilitarios y pragmáticos, pero que son valores; porque esto mismo, si lo digo ante un público de empresarios abrirían unos ojos “como platos”, aduciendo que la eficacia, la rentabilidad y la productividad realmente son valores y lo que se desea es ser productivo, eficaz y tener una cuenta de beneficios que se optimice al máximo. Pero el problema es que no son los únicos valores y muchas de las cosas que hoy estamos viviendo y que hoy están pasando en el mundo de la política y en otros ámbitos, quizás sean una consecuencia de haber insistido excesivamente en valores como la eficacia y la rentabilidad económica, y no haber perseverado en otro tipo de rentabilidades como el interés social, la rentabilidad cultural y la rentabilidad humana, finalmente.

La modernización - que es también una palabra muy de nuestro tiempo, muy de fin de siglo - no debe significar sólo progreso económico y progreso técnico, sino también progreso humano. Y lo que quiere decir ese progreso humano es algo que hay que reflexionar, debatir e introducir en todos nuestros proyectos.

En la LOGSE se insiste, quizá en teoría, en que eso debe ser así. Pero después, en la práctica, se reitera más en formar al técnico, en formar al especialista; y las materias que podríamos considerar que son más aptas para formar un espíritu crítico, para crear personas reflexivas y pensadoras que se distancien de la realidad y que se planteen la pregunta ética fundamental “qué debemos hacer”, esas materias como pueden ser la Historia, la Filosofía, la Literatura, el mismo Latín..., se convierten en disciplinas inútiles que “sólo sirven” para ayudarnos a pensar y tienden a desaparecer. Esa es la contradicción que yo veo en la L.O.G.S.E.; que cuando los docentes y los especialistas en educación se enfrentan a la necesidad de tener que educar en valores, se plantean la pregunta “¿cómo lo hacemos?”, teniendo además en cuenta que las materias que tenemos que enseñar se centran cada vez más en cosas muy concretas y

parece que nos impiden esa reflexión más global que es la que lleva a cuestionárselo casi todo.

Todo esto tiene que ver también con el concepto de educación que manejamos; creo que desde que nos planteamos estas cuestiones en torno a la ética y a los valores ha habido una cosa positiva que he detectado personalmente y es que, por lo menos, ha cambiado el debate.

Recuerdo que cuando yo empecé a hablar de *Ética para el público* en general - no sólo para filósofos sino para gente que reclamaba el que se diera un contenido a ese concepto que empezaba a manejarse y a reclamarse en la sociedad - cuando empecé a hablar, decía, sobre todo ante un público que se dedicaba a la Educación, el tema de “educar en valores” era muy poco aceptado porque se tenía una idea, a mi entender totalmente equivocada, de que la educación tenía que ser neutra. Es decir, la educación consistía en transmitir unos conocimientos; pero la educación digamos más integral, más global del individuo, era una cosa que correspondía a otras personas: a los padres y a las madres, a la familia, a gente que tenía la responsabilidad más directa de la infancia, de los niños; pero no a los educadores, ni a los profesores ni a los maestros, que debían limitarse a transmitir unos conocimientos más teóricos. Esta idea de educación es evidentemente equivocada; educar es, yo diría, - no sé si es quizás excesivo, pero siempre hay que permitirse una cierta utopía - **educar es enseñar a vivir en el sentido más completo de la palabra. Y enseñar a vivir significa, fundamentalmente, integrar a los niños y niñas en la sociedad en la que van a vivir y por lo tanto, de algún modo, ser un poco conservador.**

Cuando vino a inaugurar estas Jornadas el Presidente de la Junta de Extremadura, dijo que iba a ser un poco provocativo y que “la educación debía ser autoritaria y conservadora”. Cuando me lo contaron dije: “Esto lo he dicho yo alguna vez; no sé si me lo copió o qué, pero lo he dicho alguna vez”. Y, por mi parte, yo lo he copiado a una persona a la que aprecio mucho; lo he tomado de una filósofa judía austríaca, exiliada en EEUU, que es Hanna Arendt. Ella es autora de un libro que recomiendo; lo que pasa es que sólo está traducido al catalán, que yo sepa. Pero, en fin, esto no es un obstáculo; el título es *“La crisis de la educación”*. Es un análisis perfecto y muy brillante de la crisis de la educación en EEUU; pero aunque sea en EEUU, todo lo que pasa allí, al poco tiempo nos pasa también a nosotros y tenemos que hacer frente a las mismas crisis. Dice la autora que los educadores han perdido dos cosas: el prestigio que da la autoridad y esa convicción de que educar siempre es enseñar cosas; y para enseñar algo, hay que hacerlo con una cierta autoridad, esto es, hay que decirle al joven o al niño o niña “yo quiero conservar esto; yo te transmito una forma de ver las cosas, una forma de ver el mundo, una forma de ver la realidad, que debe ser conservada”. Luego él lo conservará o no lo conservará, porque a todo el mundo, durante un cierto tiempo, “le toca” ser revolucionario y ser rebelde. Pero lo que no podemos es querer ser rebeldes toda la vida; llega un momento en que hay que dejar de ser rebelde y hay que transmitir un mensaje más conservador, porque ciertas cosas merecen ser conservadas.

Esta es la explicación que yo daría de estos dos atributos que debe poseer el educador: Debe tener autoridad y debe saber conservar algunas cosas.

Decía pues, que educar es integrar en la sociedad; con lo cual hay que adaptarse a los ciclos y a las demandas de ésta, hay que saber conservar determinadas cosas, conservar los conocimientos básicos pero, al mismo tiempo, adaptarlos a las necesidades de la sociedad; y en el caso de la Filosofía yo creo que es evidente. No se puede enseñar hoy filosofía de la misma forma que enseñaba filosofía Ortega, por ejemplo. Porque en aquel momento había unas necesidades y ahora hay otras; y lo mismo pasa con la Historia, con la Literatura y, si me apuran, lo mismo debe pasar con las Matemáticas. Hay formas de enseñar que hay que ir adaptando a las necesidades del momento sin renunciar a lo básico, que es lo fundamental.

Una de las cosas que hoy percibimos es que nos faltan los cánones. Hay un libro muy famoso, en EEUU también, de Harold Bloom en el que el autor pone de manifiesto que se ha llegado a una desorientación tal en las Universidades americanas, que es posible ya ser licenciado en Literatura, por ejemplo, sin saber quien fue Shakespeare o quien fue Cervantes; porque se ha perdido el sentido del canon, de lo que es lo fundamental y lo que no se debe perder.

Creo, pues, que **integrar en la sociedad significa, por una parte, hacer el esfuerzo de no perder lo básico y por otra parte, adaptar al individuo a las necesidades del momento. Pero además** de integrar al individuo en la sociedad, lo que **hay que hacer es enseñar a los niños, niñas y jóvenes a ser autónomos.** Pueden parecer dos cosas contradictorias, porque integrar en la sociedad significa una cierta disciplina, una cierta docilidad y permeabilidad a las cosas que demanda la sociedad; y por otra parte, educar bien significa educar individuos que sean sujetos responsables que, ante la necesidad que tendrán en el futuro de tomar decisiones, se pregunten siempre “qué es lo que debo hacer”. Eso es la ética y la responsabilidad; la ética que no sólo está de acuerdo con unos principios que pueden ser más o menos rígidos, sino que ante las situaciones sabe flexibilizar los principios, adaptarlos a las mismas y preguntarse “qué debo hacer”, dando respuesta de esa decisión que se ha tomado; es decir, responder de esa situación.

Las personas, para ser autónomas, tienen que tener criterios. Yo más que principios -que quizás denotan una cierta inflexibilidad- diría que hay que tener criterios. No sólo hay que saber cuáles son los principios fundamentales, pues eso creo que es muy fácil; ahí están los derechos fundamentales y los valores que todos suscribimos: la igualdad, la libertad, la justicia, la solidaridad, la paz, la tolerancia... Todos estos valores son indiscutibles. Lo difícil es saber decir qué significa ser tolerantes hoy, con quién hay que ser tolerantes; qué significa ser solidarios, quiénes merecen más solidaridad. Tener criterios para decidir esto, significa ser autónomo; porque en ética hay que decir una cosa que parece bastante contradictoria: uno no es libre para hacer lo que le da la gana, sino que es libre para hacer lo que debe hacer.

La libertad, en ética, siempre se ha unido al deber; pero el deber no son los 10 mandamientos, no es una cosa escrita. El deber es algo que el individuo, autónomamente, elige como deber y dentro de un orden; ese orden nos lo dan los principios fundamentales, los derechos humanos, los grandes valores que la historia del pensamiento ha ido sedimentando.

Con esto quiero decir que **no me parece difícil dar un contenido básico a los valores que hay que transmitir a través de la Educación.** Al principio de este debate que en parte ha iniciado la LOGSE, había más perplejidad -creo yo- sobre la posibilidad de ponerse de acuerdo acerca de unos valores básicos. Pienso que esa perplejidad es absurda; mi libro citado anteriormente sobre *“Los valores de la educación”* responde a una petición de una editorial precisamente para dar respuesta a esta perplejidad; los educadores no saben por donde empezar a hablar de valores y como consensuar unos valores en una sociedad que cada vez es más plural, más relativista y donde las culturas cada vez están más mezcladas y parece que ya no hay valores comunes. Yo creo que ese es un punto de partida falso y equivocado. No podemos permitirnos el partir de cero y decir “cada cual, cada cultura tiene sus valores”. No podemos permitirlo porque ese relativismo a ultranza lleva a un escepticismo, al escepticismo del “todo vale igual”. Si cada cual puede partir de los valores que le parece o que cree que están en su cultura, finalmente acabamos diciendo que todo vale igual, que todo tiene el mismo valor. Y eso no es así, porque **es falso decir que no tenemos unos valores comunes; por muy plural que sea la sociedad, por muy liberales que seamos todos, hemos acordado unos principios básicos**, unos derechos fundamentales y ahí están los valores que han ido haciendo las revoluciones que se han dado a lo largo de la historia del pensamiento.

Desde la democracia griega, pasando por el cristianismo, la revolución francesa, la ilustración ..., y acabando con la proclamación de los derechos fundamentales, hay ahí un poso, un sedimento de valores de los cuales ya no se puede prescindir; es decir, ya no podemos prescindir de la igualdad, por ejemplo, como valor fundamental. Pero no sólo de la igualdad en abstracto, sino que igualdad significa no discriminar a nadie; y no discriminar significa no discriminar a las mujeres, a los negros, a los pobres, a los que pertenecen a otras culturas. Es decir, todas esas no discriminaciones están ya en los valores de la civilización y no podemos decir que eso vale para unas culturas y no vale para otras. De la misma forma que no podemos decir que para unas culturas vale la libertad de expresión, o la libertad de asociación y para otras no vale. Eso ya son valores, ya digo, no negociables, son valores ya aceptados y que de una forma un poco dogmática, contundente, hay que decir “esto es así, esto debe ser así”. Con lo cual no está nada resuelto; el punto de partida está un poco resuelto, pero lo difícil, como he dicho antes, es llevar esos valores a la práctica. No sólo hacer que se realicen, sino decidir qué significan aquí y ahora; es decir, qué significa no discriminar cuando nos encontramos con problemas como, por ejemplo el que ha aparecido en Francia últimamente a propósito del velo islámico y de las niñas acudiendo a la escuela con éste. Qué significa cuando nos enfrentamos con otra cultura que utiliza un signo que parece que discrimina a la mujer, ¿qué hacemos?. Ese es el problema. Es un problema individual y es un problema político. Es decir, yo creo que todos los problemas con los que nos encontramos cuando queremos realizar

los valores son a la vez problemas del individuo - el individuo tiene que saber resolverlos - pero también son problemas que la mayoría de las veces tienen una dimensión política.

No me quiero detener más en este aspecto. Lo que sí quería dejar claro es que **está muy bien aceptar el relativismo, pero hasta un cierto punto**. No podemos empezar siendo relativistas porque la ética tiende a la universalidad de los valores, y lo que nos exige la ética es que lo que defendemos como algo que “debe ser” es porque “queremos que sea en todas partes”. No sólo aquí, no sólo para nosotros, sino en todas partes. Y ese es el valor que tiene la ética y que la distingue de un principio de autoridad que viene dado por una norma de derecho positivo. Es decir, yo digo “no se puede fumar aquí” y no se puede fumar aquí; pero eso no quiere decir que no se pueda fumar fuera de aquí. En cambio, **un principio ético es un principio que no vale sólo “aquí y ahora” sino que pretendemos que sea aceptado por todos; hay una exigencia de universalidad**.

Eso es lo que establece Kant en el imperativo categórico cuando dice “actúa de tal forma que puedas querer que la máxima de tu acción se convierta en ley universal”. Es decir **la prueba de la ética es que lo que yo creo que vale éticamente, quiero que se convierta en ley universal**, y eso incluso, y es un problema, es lo que quiere el fanático. El fanático que tiene principios éticos muy rígidos, pretende que esos principios rígidos se conviertan en ley universal; y el fanático es una persona muy moral pero equivocada porque no admite flexibilidad en los principios.

Otro tema que yo creo nos debemos plantear, relacionado con todo esto, es que he dicho antes que educar significa dos cosas: integrar al individuo en la sociedad y enseñarle a ser autónomo. Esta idea de educación creo que ha estado olvidada durante bastante tiempo, pues **se ha tendido a ver la educación desde un punto de vista más técnico**; que creo incluso se refleja hoy en los proyectos educativos. Si echamos una ojeada, por ejemplo, al Proyecto Educativo de Filosofía del Bachillerato, resulta que hay muchas más páginas dedicadas a objetivos básicos, objetivos generales, métodos, procedimientos, formas de valoración, etc..., que a los contenidos propiamente dichos. **Es decir, la técnica, el como se hace, pasa por delante del qué es lo que hay que enseñar realmente; y eso tiene un cierto peligro, porque es verdad que necesitamos técnicas pero también necesitamos contenidos**, necesitamos saber qué es lo que hay que transmitir, qué es lo que el individuo necesita saber para poder luego desenvolverse en la vida.

Esa crisis por la que ha pasado la educación nos ha hecho olvidar que educar es enseñar cosas. **El educador no sólo debe conocer unas técnicas, sino que ha de transmitir unos conocimientos y no sólo lo que se entiende por unos conocimientos básicos, sino unos conocimientos que hagan que el individuo vaya él mismo produciendo una capacidad crítica, una capacidad reflexiva con respecto a la sociedad**.

Señalaré tres aspectos que creo que nos han hecho olvidar durante mucho tiempo, y aquí en España especialmente, que la crisis de la educación es una crisis generalizada. Quizás en nuestro país el hecho de haber pasado de una educación muy vinculada a la religión a una educación laica, nos ha hecho perder de vista determinadas cosas y perder un poco el norte y el horizonte de qué es lo que pretendíamos hacer.

1. La educación que hemos recibido la mayoría de los que estamos aquí era una educación que tenía muy claro que educar era básicamente educar y no enseñar cosas, sobre todo la educación, por ejemplo, dirigida a las mujeres. Las que hemos ido a colegios religiosos, hemos tenido una educación donde lo importante no era la instrucción sino la educación. El mensaje que yo al menos oía era “aquí las traen sus padres para que las eduquemos, no para que les enseñemos matemáticas”; porque la educación debía ser global. Y eso estaba presente en la forma de enseñar y permeaba cualquier actividad escolar y educativa.

Al pasar de una educación religiosa a una educación laica, se ha abandonado ese principio de que “educar es educar” y se ha convertido la educación en instrucción básicamente; con lo cual se ha subrayado la importancia de ésta, pero se ha perdido la importancia de la educación.

2. Por otra parte, **se identificó “tener autoridad” con “autoritarismo”**, que es distinto. Una cosa es tener autoridad, tener un cierto prestigio, no en el sentido de saber cosas o de tener un nombre, sino en el sentido de ser creíble ; hoy se habla en todas partes de la falta de credibilidad, todo ha perdido credibilidad. Y ¿qué quiere decir que se ha perdido credibilidad? Que los unos no creen a los otros, que parece que todos engañan a todos, que se ha perdido autoridad. Esto, en el terreno de la educación, ha venido dado por confundir la libertad con el libertarismo, con ese talante libertario e igualitarista de decir: “profesores y alumnos son todos iguales”, “todos estamos al mismo nivel”, “no hay clases o niveles” y, por lo tanto, todo se decide de una forma comunitaria. Con lo cual ni hemos avanzado mucho en lo que significa la democracia - porque la democracia no es igualitarismo, sino que democracia es otra cosa - ni hemos conseguido el que cada cual esté en su sitio y asuma las responsabilidades y las obligaciones que le corresponden; entonces, ha habido esa falta de autoridad, que hay que ir recuperando.

Esto no ha pasado solamente en la escuela; también ha pasado en las familias. Eso de decir que los padres y los hijos son como hermanos, todos iguales..., también ha llevado a una falta de autoridad, a una desorientación o desconcierto que afecta fundamentalmente a los que tienen que ser educados, que no saben por dónde van porque nunca se les ha dicho nada claro ni nada seguro.

3. **Otro error, que creo que es perceptible y que afecta mucho a la política, es que no ha habido un discurso de la responsabilidad.** El discurso de la responsabilidad individual no ha sido, yo diría incluso más: un discurso de la izquierda; ha sido un discurso que **se ha olvidado**. Ante la toma de decisiones, ante los problemas que debemos resolver, todos somos un poco responsables (en la

medida en que somos responsables); pero los problemas comunes, los problemas colectivos, todo eso que forma lo que podemos llamar el interés general, de eso somos todos un poco responsables, en la medida en que lo somos. Y ese discurso de la responsabilidad individual ha sido un discurso que, por culpa de muchas ideas y muchas ideologías - yo señalaría básicamente al marxismo por una parte, a Nietzsche por otra y a los grandes pensadores filósofos de la sospecha - ha descargado la responsabilidad individual en la responsabilidad colectiva. Es decir, durante mucho tiempo la culpa de todo la ha tenido el sistema: el sistema económico, el sistema político, el sistema jurídico, el sistema que fuera. Pero como el sistema es malo, como hay capitalismo, mientras haya capitalismo, no hay nada que hacer.

Y ese todavía es el discurso de una cierta opción política; como todo está tan mal, o explota o no tiene remedio. Es un discurso totalmente catastrofista y destructivo, que lleva a descargar sobre el sistema las responsabilidades y a evitar o eludir la responsabilidad individual.

En el terreno de la educación esto es importantísimo, porque **la educación no es una cuestión que sólo sea competencia de la escuela o de los educadores** más o menos profesionales. Yo creo que **hay tres elementos** hoy importantes para la educación

- **La escuela** y toda la parafernalia, todo el tipo de educaciones especiales, educaciones para el ocio, etc...
- **La familia**
- **La televisión**

Estos son los tres pilares de la educación. El niño a lo que está más expuesto es a la escuela, a la familia y a la TV. Estos tres elementos, cada uno en su medida, deben hacerse responsables de la educación.

Creo que la Comisión Especial del Senado sobre contenidos televisivos que presido, una de las cosas que ha conseguido -espero- es abrir una reflexión y un debate sobre este tema: también los medios de comunicación tienen una cierta responsabilidad. Porque la reacción inmediata de los medios de comunicación, sobre todo los responsables de TV, era decir: “No, nosotros no somos niñeras, nosotros no somos una guardería; son los padres los responsables de la educación de sus hijos”. Entonces ellos no se hacían responsables de una programación infantil dedicada a la infancia, pero que es como una especie de “container” donde cabe cualquier cosa y, además, donde se mira la rentabilidad económica y la rentabilidad de la audiencia por encima de cualquier otra cosa.

Si no hay una cierta coherencia entre familia, escuela y televisión, no podemos hablar de proyectos educativos mínimamente globales. Y eso significa que cada cual, en la medida posible desde su trabajo y desde su profesión, tiene que asumir una cierta responsabilidad. Evidentemente, el programador de TV no es responsable en la misma forma en que lo es la madre, el padre o el maestro. Pero, a su

manera, desde lo que hace, desde la oferta de entretenimiento que da, sí que tiene que hacerse un poco responsable; es decir, tiene que responder ante el público de aquello que está haciendo. Porque la TV es un servicio público y se define como tal.

Finalmente, **la última causa de esa especie de confusión en que estamos hoy y que ha llevado a la crisis de la educación y a otras muchas crisis es la instalación en el liberalismo absoluto.** No sé si recuerdan un artículo famoso hace unos años, sin motivo de ser famoso, de un señor llamado Fucuyama, titulado “*El fin de la Historia*”, donde se decía “se ha acabado la Historia porque estamos todos instalados en el liberalismo; y el liberalismo significa que ya no hay nada que hacer, que cada cual es libre y la libertad nos lleva a donde nos lleve, pero ya no hay nada que decir”. Bien, eso en parte es cierto. No es que se haya acabado la Historia, porque después de este artículo, entre cosas, se cayó el muro de Berlín y ahí empieza toda una historia distinta. Pero sí es verdad que nos hemos instalado en el liberalismo y hemos dicho que los valores liberales son los fundamentales. Y esto es cierto; los valores liberales son los valores de la autonomía, son los valores de la tolerancia, son los valores del respeto al otro. Pero hay que tener en cuenta una cosa: esos valores liberales son valores bastante vacíos de contenido. Fijémonos en la tolerancia; la tolerancia es un valor, pero no todo es tolerable, hay cosas que son intolerables. Y entonces sobre eso hay que tener un cierto coraje y poder y saber decirlo.

Si nos instalamos sólo en el liberalismo, nos encontramos con una serie de valores que, a la hora de llevarlos a la práctica, nos dejan confusos, no nos permiten decir gran cosa y pueden llevar a extremos muy peligrosos. Como por ejemplo, los extremos que, de alguna forma, se considera que están en la retaguardia de ese crimen horroroso de Oklahoma, las milicias esas americanas de Michigan, etc..., que son agrupaciones de individuos que, bajo el valor de la libertad individual y de los valores de la democracia - la democracia es autogobierno y por lo tanto cada cual se gobierna a sí mismo - intentan ir contra el Estado y contra el poder; no para tener el poder ellos, sino para defender al individuo. Es la defensa del individualismo a ultranza.

Como defensa de la libertad individual, está por ejemplo el derecho de todo individuo a tener armas - que está recogido en la Constitución americana - y después, viene el derecho a hacer lo que sea con las armas para defender la propia libertad y para defender ese derecho al autogobierno y acabar, desarticular, desestabilizar ese poder que llamamos Estado y que parece que interfiere en la libertad de los individuos. Interfiere por ejemplo, haciéndoles inscribirse en la Seguridad Social o haciendo que los coches tengan una matrícula... Es decir, todo eso se considera que son interferencias ilícitas en las vidas de los individuos, en la privacidad de los individuos, en su intimidad. Entonces, toda esa interferencia, toda esa intervención de tipo político y fiscal, parece que es negar la libertad.

Ese es el peligro de los valores liberales que nos han llevado a sociedades individualistas en extremo, donde el valor fundamental es el individuo y todo lo que parezca atacar al individuo es algo que debe rechazarse.

Yo creo que esta es la situación que nos lleva a plantearnos la educación, una educación conectada a unos valores fundamentales.

Con todo lo dicho, pienso que podemos llegar a algunas **conclusiones**:

- **No es difícil ponerse de acuerdo sobre cuáles son los valores fundamentales**
- **Educar es educar de una forma global: integrar al individuo en la sociedad, pero también enseñarle a ser autónomo.**

Esto es importante y necesario para luchar contra una serie de contradicciones fundamentales en las que hoy nos encontramos.

Ayer, cuando venía en el tren, leía yo una reseña de un libro que creo se acaba de traducir al castellano: "*El pasado de una ilusión*", de François Furet. Es un libro sobre el fin del marxismo, el fin de la ideología comunista. Dice una cosa que creo que es lo mismo que estoy diciendo aquí ahora y es que, lo que hoy nos encontramos después de la caída del muro de Berlín, después de la caída de esa utopía de la sociedad sin clases, del fin del capitalismo, después de la caída de todas esas ilusiones..., nos encontramos, decía, frente a una aceptación cada vez más generalizada de la democracia; pero una democracia que se encuentra sin referentes. Antes resultaba muy fácil defender la democracia contra regímenes de alguna forma totalitarios o dictatoriales; hoy la democracia tiene que defenderse frente a sí misma, no tiene otro referente que la propia democracia.

Debemos darnos cuenta de que esa democracia está inserta en una contradicción fundamental, que eso sí lo vio el marxismo: Es la contradicción entre el capitalismo y los valores burgueses. Es decir, hay una contradicción fundamental entre unos principios sociales que la democracia hoy defiende - hoy toda la democracia, de alguna forma, está inscrita en un modelo de estado que es el estado social, el estado de bienestar - pero al mismo tiempo el sistema económico wnos lleva a un individualismo propio de la economía de mercado; entonces ahí hay una contradicción. ¿Cómo hacer que los individuos sean solidarios, como hacer que los individuos se preocupen por un interés común, por intereses generales, si al mismo tiempo la economía de mercado lo que está propiciando es el individualismo más absoluto, la sociedad corporativa donde cada cual se defiende a sí mismo o defiende el gremio al que pertenece, pero no tiene capacidad ni quiere ver más allá de los intereses propios?

Entonces frente a esto, dice Furet, estamos condenados a vivir en la sociedad en que vivimos. No podemos intentar ir más allá y pensar en una sociedad que no esté sometida a este tipo de economía, que es la que nos funciona; estamos condenados a vivir en la sociedad que vivimos, pero la democracia exige ir más allá de la burguesía y el capital para que pueda florecer una verdadera comunidad humana.

Esta nostalgia de la comunidad, del vivir en común, es una nostalgia que hoy se siente por lo menos desde todas las teorías éticas. Las sociedades avanzadas son sociedades atomizadas; y lo que hace falta es crear tejidos comunitarios, tejidos donde sean los intereses comunes los que prevalezcan y no los intereses corporativistas y los intereses individualistas.

Creo que es por ahí por donde hay que dar también el giro educativo. Frente a todas estas propuestas de **transmitir valores a través de la educación**, el problema es *como se hace*; ya estamos de acuerdo en cuáles son los valores que suscribimos, pero ¿cómo se hace para transmitirlos?, e incluso la pregunta es “¿vale la pena hacerlo?”. Porque, a lo mejor, el coste de transmitir determinados valores es no integrar a los individuos en la sociedad. Esto ya lo he oído muchas veces: Qué sentido tiene enseñar a los niños a ser tolerantes, a ser solidarios, a ser respetuosos..., si luego se encuentran ante una sociedad que les pide ser agresivos, ser competitivos, ganar dinero, luchar por unos valores que no son estos.

Hace poco estuve preparando un trabajo sobre los jóvenes y los medios de comunicación y me di cuenta, leyendo cosas, que la juventud de hoy está metida en una serie de contradicciones que son un ejemplo de **esa gran contradicción del individualismo del mercado y los valores sociales que por otra parte estamos propugnando**. Estas contradicciones, que solamente voy a enumerar, son las siguientes:

* En primer lugar se les da a los jóvenes una formación cada vez más completa, una formación cada vez más perfecta para integrarlos en la sociedad y luego se encuentran ante la realidad del desempleo; es decir, no hay trabajo para ellos. No lo hay porque el concepto de trabajo ha cambiado mucho, porque la estructura del mercado laboral es ya muy distinta y no somos suficientemente solidarios para repartir bien el trabajo. El trabajo está mal repartido; una de las cosas que hay que hacer es repartirlo bien, es una forma de justicia distributiva.

Entonces, la formación a los jóvenes no les sirve - y esa es una de las frustraciones - porque se encuentran ante una sociedad insolidaria para ofrecerles trabajo.

* Por una parte, el valor de la paz es casi constitutivo de la juventud; los jóvenes son pacifistas. Una de las reivindicaciones de los jóvenes más generalizadas es la reivindicación de la objeción de conciencia, la insumisión, el ir contra el servicio militar obligatorio. Pero, sin embargo, se complacen en la violencia; películas como, por ejemplo, “*Pulp Fiction*” o “*Historias del Kronen*”, tienen un público juvenil porque les gusta o les atrae la violencia; y sin embargo, son pacifistas.

* Los jóvenes son también solidarios. Las Asociaciones solidarias de Ayuda al Tercer Mundo, de ayuda incluso a la Tercera Edad..., son asociaciones que tienen más atractivo para los jóvenes que la política establecida. Pero, sin embargo, son muy competitivos; a los jóvenes hoy - y ésto se ve en la Universidad muchísimo - se les ha enseñado a no ser competitivos. Hemos eliminado los exámenes, hemos

eliminado las notas, hemos eliminado las evaluaciones que fomentaban la competitividad; y sin embargo, hemos hecho individuos más competitivos que antes, porque la sociedad lleva a la competitividad. Entonces, son competitivos pero, al mismo tiempo, son solidarios; esto es otra contradicción.

* Los jóvenes son unos grandes defensores de la salud, de la ecología, del propio cuerpo, del cuidarse a sí mismos; pero, cada vez fuman más, cada vez están más alcoholizados, las drogas son una tentación... Es decir, ahí también hay una contradicción.

* La tolerancia también es un valor de la juventud, pero los movimientos “ultras”, los movimientos fanáticos de nazismo, fascismo, skin-heads, los independentismos, etc..., son movimientos que están muy presentes en la juventud.

* Los jóvenes son apolíticos, no les interesa la política; pero son voluntariosos. El voluntariado es algo que está creciendo y que supone una cierta implicación en la vida en común, en la vida pública, en los problemas de todos... Una implicación que no tiene sin embargo que ver con la política.

* Defienden eso que se llama, con una expresión también bárbara, “calidad de vida”. Es un valor fundamental sin duda, pero por el contrario, son consumistas indiscriminados; el consumo de los jóvenes es indiscriminado, sin norte, porque viven en una sociedad que está inmersa en el consumo, en la publicidad que les transmite que la única forma de resolver los problemas es consumiendo, es comprando cosas.

A todas estas **contradicciones** me refería yo cuando decía que **los valores sociales chocan con los valores del individualismo**. No me gusta hacer propaganda de mis libros, pero una obra que insiste mucho en estos temas es “*Paradojas del individualismo*”, donde pongo de manifiesto que el **individualismo** es un **valor** hoy, porque es el valor de la libertad individual, pero es un **disvalor** si se convierte en la egolatría en torno a lo que sólo vale para mí y no vale para los demás, sino que les perjudica.

Trasladar todo eso al mundo de la educación es, creo yo, bastante difícil porque lo que no hay son fórmulas. Y por muchas técnicas que se arbitren - y no les quiero desanimar - es difícil llevar a la práctica estas cosas; porque la ética está centrada en aquello que Aristóteles llamaba *frónesis*, que se traduce de una forma muy poco comprensible hoy, que es “prudencia”. Aristóteles decía: “El hombre prudente es el hombre virtuoso”; y el hombre prudente es el que sabe hacer lo que hay que hacer en el momento oportuno. Ese es también el buen político, el que sabe dar la respuesta oportuna cuando hay que darla. Esa respuesta no está en ningún libro, ni está en ninguna técnica, ni está escrita en ninguna parte, ya que es cuestión de experiencia, de irse equivocando e ir aprendiendo con la práctica. Eso es lo que hay que hacer.

Yo creo que, para acabar, quizá habría que **proponer 2 cosas:**

1ª) Puesto que estamos en una sociedad en la que el corporativismo, el gremialismo, las tribus incluso, priman sobre los intereses generales, hay que hacer el esfuerzo de evitar encerrarse en el propio mundo, **evitar las endogamias que están muy enraizadas en el mundo de la educación**. Todos tenemos conciencia de lo difícil que es consensuar proyectos comunes, no porque no sepamos por dónde hay que ir - es falso decir esto - , sino porque nadie quiere renunciar a su huerto y a su campo propio.

Evitar el gremialismo es la forma de hacer proyectos comunes. Decir “No, es que yo no quiero renunciar a mi parte de filosofía, o de psicología o de historia...”, significa que, como nadie quiere renunciar a nada, es imposible poner en común las cosas. Entonces lo que hay que hacer es ir renunciando a lo propio para ver qué es lo que hace falta en común; eso es lo fundamental.

2ª) Por otra parte, cuando he dicho que hay unos **valores básicos** y que lo difícil es **irles dando contenido** para ver qué significan hoy, ese **“qué significan hoy” es más fácil decirlo por lo negativo que por lo positivo**. Es quizás muy complicado decir de qué forma hoy seremos mejor, más tolerantes, o de qué forma hay que ser solidarios; pero lo que es más fácil es decir cuáles son las formas de insolidaridad hoy, cuáles son las formas de intolerancia hoy o cuáles son las formas de tolerancia que no deberían aceptarse porque es una tolerancia que se confunde con la apatía o con la indiferencia. Es más fácil detectar lo que está mal que decir qué es lo que está bien o qué se debe hacer. La **Ética** es básicamente crítica, es básicamente negación de lo que hay.

Y ya, para acabar de verdad, quisiera referirme a lo que, para mí, es la **Ética**. Fundamentalmente, **dos cosas**:

- **Insatisfacción frente a la realidad;** nunca debemos ser totalmente complacientes con la realidad, sino que debemos mostrarnos insatisfechos con ésta.
- **Esperanza de poder cambiarla;** porque si no hay esperanza y sólo insatisfacción, entonces caemos en un destructivismo, en un catastrofismo que tampoco es positivo.

Es decir, insatisfacción por una parte, pero también esperanza de poder superar todos esos defectos que vamos detectando.

Y nada más. Gracias.